

PERICON Y PENDANGA,

MADRID.

Al mes 4 rs.

Se suscribe en la redacción, plaza de Isabel II, núm. 6; librerías de Cuesta, calle Mayor; Rodríguez, Carretas, 4; almacén de música de Carraña, Príncipe, 13; y en el de papel de Ruiz, Toledo, 54.

PERIÓDICO PUNTO

DESDE EL PRINCIPIO HASTA EL FIN.

PROVINCIAS.

Trim. 16 rs.

Se suscribe en las principales librerías.

Se publica
**Miércoles
y Sábados.**

CUALQUIER COSA EN FORMA DE INTRODUCCION.

Eran las doce de la noche: el viento silbaba lo mismo que un condenado: truenos, relámpagos, cohetes, petardos y otras frioleras resonaban en los espacios aéreos: desprendióse un rayo voluminoso y... cataplum! cayó sobre la redacción de *EL TIO Y EL SOBRINO!* En el momento empezaron a arder las viñetas, los números del periódico, las plumas, los tinteros, las salvaderas, los prospectos, las cajas; en fin, hasta los mismos personajes fueron envueltos en un humo espeso que les obligó á tocar de soleta hácia la calle, en donde les dejaremos para llevar al lector á otra parte, si lo tiene por conveniente.

En la calle de *Enhoramala* vayas, de esta corte, vive un matrimonio sin hijos, verdadero tipo de la felicidad conyugal: el esposo se llama *D. Lucas Pericon* y la señora *doña Antojo Pendanga*: la edad del primero frisa en los cincuenta años: es alto, muy delgado; tiene nariz de tres cuartas de largo, boca en que caben cómodamente tres melones con cáscara, ojos de elefante, y barba puntiaguda á guisa de monterilla de alcalde de pueblo: una fuerza de enercia contundente, le trae siempre postrado junto á su idolatrada *doña Antojo*, que raya en los treinta y ocho *Marzo* y que es muger de pelo en pecho, como suele decirse: *marisabidilla* á carta cabal, literata á cortinas decorridas, profesora en todas materias, dando por supuesto media en el clavo y cien mil en la herradura, lleva el timon de la casa; maneja *los negocios* de su marido; sale y corretea toda la corte; se

mete en los cafés y charla con todo el mundo; adquiere noticias ó las forja y las comenta despues, refiriéndolas á *Pericon* segun le place: en una palabra, es el personaje mas cargante que han visto los siglos pasados, presentes y futuros: sin embargo, para su dulce esposo es toda una muger de su casa: su fisico es bastante mediano: pequenuela y regordeta, tiene ojos de cocodrilo y en uno de ellos una tormenta completa con dos nubes, un granizo, tres relámpagos y una centella: por las ventanillas de la nariz, que la tiene bien remangada, se la ven hasta los sentidos espirituales: la boca es regular aunque el labio inferior, saliente mas de media vara del superior, puede servir perfectamente para vasar de la cocina de las *niñas de Leganés*, ó de andamio para revocar la fachada de su cara, que bien lo necesita: á través de estas bellezas corporales tiene un defectillo de poca monta en una muger *tan entendida* como ella: desde *Adán* hasta nuestros dias, inclusa la madre *Eva*, no ha nacido señora mas puerca que *doña Pendanga*; pero esto no importa, porque sus dotes fisicas son á propósito para ocultar toda la bascosidad necesaria: en fin, caros lectores, la hembra estimable que nos ocupa, es el vivo retrato de cierta viuda de un coronel á quien yo conozco, por mi desgracia, y muy conocida tambien en algunos círculos madrileños.

Descritos ya los caracteres fisicos y morales de los esposos *D. Lucas Pericon* y *doña Antojo Pendanga*, diremos que en la misma noche, y media hora despues que cayó el rayo sobre la redacción de *El Tio y el Sobrino*, de que hemos dado cuenta en el párrafo primero de este artículo, y estando aquellos concluyendo de cenar un guisado de patatas muy

rico hecho por el marido, oyeron llamar á la puerta de la casa. Levantóse D. Lucas y abriendo las maderas del balcon preguntó.

—¿Quién?

—Yo soy, ó mejor dicho, somos dos—respondió una voz doliente y afligida.

—Por vida de San Pitobalillo, exclamó don Lucas cerrando las hojas y dirigiéndose á la Pendanga, que la voz del que llama es la de mi maestro y amigo el señor D. Hilarion Matapulgas: ¿qué diablos le habrá sucedido á estas horas? Muchacha! baja al trote largo y abre la puerta de par en par.

A poco rato penetraron en la sala nuestros antiguos conocidos D. Hilarion y Crispin: el primero iba mas negro que un tizo y llorando á lágrima viva: el segundo hacia pucheros; pero se limpiaba los ojos con la rodilla izquierda y podía disimular algun tanto su afliccion.

—Qué es esto, señores? qué ha pasado en las altas regiones de los acontecimientos humanos?—dijo doña Pendanga echándola de redicha, lo mismo que la viuda del coronel.

—Ay amado Pendango, digo, amado Lucas! qué desgracia! qué infortunio!—exclamó D. Hilarion echándose en los brazos de este.

—Pero ¿qué ha sucedido, caros amigos?—se apresuró á decir de nuevo doña Antojos—¿Qué extraordinario lance viene en estos momentos á acibarar la digestion de nuestras patatas?

—Ay, señora! ay, señor!—dijeron al mismo tiempo tio y sobrino, lanzando este una mirada esterminadora á un racimo de uvas que habia quedado sobre la mesa.

—Qué pasa, Dios mio? qué pasa? qué desconocidos elementos vienen personificados en vosotros, hijos predilectos del Averno, á anonadar nuestro futuro sueño?—volvió á decir la Pendanga, lo mismo que la viuda del coronel...

—Sí! qué pasa? qué pasa?—repitió el marido como un eco de su mujer.

—Un rayo!... exclamó D. Hilarion compungido...

—Un rayo celeste!... dijo la Antojos alarmada...

—Un rayo!... murmuró D. Lucas sobresaltado...

—Un rayo!... prorumpió Crispin echando mano al racimo de uvas y comiéndoselo.

—Sí, señores—continuó el tio limpiando—

se la tizne en el mantel de la mesa, en el que no se conocia luego la mancha que dejó; un rayo representado por una orden de la autoridad superior de policia; ha muerto nuestro pobre periódico titulado EL TIO Y EL SOBRINO, y quemado todos los números pertenecientes al miércoles anterior... sí, señores... nos ha muerto... pero no consiste en esto mi pena mayor... no veo en este caso mi desgracia... ¿qué va á ser de mis pobrecitos cuanto queridos suscritores? de qué modo voy á cubrir los dos números que faltan de este mes?... Dios mio! cómo?...

—Eso es muy sencillo, exclamó D. Lucas mirando á la Pendanga: si vd. quiere, mi carísima cónyuge y yo nos encargaremos de llenar ese compromiso.

—Con mucho gusto y silarmonía lo haremos en obsequio de V., señor D. Hilarion, aseveró doña Antojos; yo sacaré de mis casillas todos los repuestos que tengo de escritura y conocimientos metafísicos para coadyuvar á los deseos de uno de mis mas exóticos amigos.

—Oh venturosísima señora! Oh espléndido discípulo! Yo os doy gracias por tan señalada merced! Da las gracias tambien, Crispin: no seas torpe.

—Si no puedo—dijo el sobrino con la boca llena de uvas.

—Déjelo V.; está ocupado con los efectos del pais; angelito!—exclamó doña Antojos, lo mismo que la viuda del coronel.

—Pues bien, Lucas mio, hé aqui un proyecto: vosotros os encargais de publicar un periódico que sustituya al mio de una manera digna: para llenar el vacío de mis CONFERENCIAS CON Crispin, á que llamaba INSTRUCTIVAS, tú, á quien he enseñado mis conocimientos físicos, matemáticos, geográficos, químicos, etc. etc., puedes continuarlas con tu muger, que con su perdon sea dicho, bien ha menester que la instruyas en esta parte, ya que quiere seguir la difícil carrera literaria: escribe CUENTOS, ANÉCDOTAS, CHARADAS; habla de los TEATROS, de las MODAS, de las MEJORAS de la CAPITAL Y PROVINCIAS, de los ADELANTOS en las CIENCIAS y en las ARTES: en fin, habla de todo aquello que te parezca conveniente; pero te aconsejo por tu salud que no te entremetas en COSAS POLÍTICAS, ni en decir de las AUTORIDADES BUENO ó MALO: NADA, ABSOLUTAMENTE NADA! Lucas, mira que en la policia hay

mas de un rayo y pobre de ti si te toca el tercero ¿estás?

—Conforme, dijo *Pericon* mirando siempre á la *Pendanga*.

—No hay duda, repitió esta, se llevará á debido cabo el anhelo estomacal de V., y no haya miedo de que forme queja de nuestros exabruptos.

—Pues bien, dadme un abrazo y adios... ah! ahí os dejo los cuatro números que he publicado de mi periódico para que os enteréis etc. etc.

Los cuatro personajes se abrazaron con entusiasmo, menos *Crispin* que se contentó con tirar dos coces al aire: á poco rato quedaban solos en la sala *Pericon* y *Pendanga*.

—Conque estás decidido, esposo dulce de mi vida, dijo esta, á sustituir á *El Tío y el Sobrino*?

—Sí, cachorra de mi corazón! pero me atenderé á sus consejos estrictamente, y por consecuencia NO SALDRE en nuestro nuevo periódico DEL PROGRAMA que me ha impuesto.

—Tienes razón, exuberante marido: otra cosa sería estar siempre con el alma en vilo y eso no nos debe acomodar... Jesús como erupio!... quién diablos te ha aconsejado que al guisado de patatas le echas salvado y pomada de oso? con tus condimentos tienes mi pobre exófago destruido.

Aquí llegaban de su conversacion, cuando tomando cada uno un número de *EL TÍO Y EL SOBRINO*, se pusieron á leer detenidamente.

Sirva de aviso, pues, este artículo á los señores suscritores de Madrid y corresponsales de provincias: *Pericon* y *Pendanga* se encargan de cubrir las suscripciones y compromisos de *El Tío y el Sobrino*, cuyo número del miércoles no se manda á los últimos por haber sido recogido de orden de la autoridad. Este nuevo periódico cumplirá todas las condiciones ofrecidas por el difunto, menos las que no puede, porque... en fin, porque no puede: las bases, días de su publicacion, forma, caracteres, papel, precio y puntos de suscripcion, son los mismos é igual tambien el objeto: si no gustase de este modo, repetiremos aquí lo que dijeron D. Hilarion y *Crispin* en su número primero.—El que no esté contento, que nos facilite los SEIS MIL DUROS del pico, y hablaremos hasta que se nos caiga la campanilla.

CONFERENCIAS INSTRUCTIVAS. (1).

CONSTRUCCION DE LOS PARARAYOS.

Luego que quedaron solos nuestros buenos consortes *Pericon* y *Pendanga*, y despues de haber hecho mil comentarios sobre el desastre ocurrido á D. Hilarion, dijo esta á su marido:

—Nada hay mas sagrado en este mundo, querido mono mio, que la última voluntad de un vivo difunto: nada hay mas compacto ni unido que nosotros; así, pues, siendo mi parecer el tuyo, y el tuyo no siempre el mio, te mando que como buen discípulo de Matapulgas, cumplas su deseo, principiando ahora mismo la tarea que te ha encomendado: vamos á ver; segun los números de su periódico que tenemos á la vista, quedó detenida su explicacion en los truenos y rayos, y en el modo de preservarse de ellos: en este caso quiero que empieces por la construccion de los pararayos, por si, cuando tú mueras, que eres un excelente chisme de estos, se me ofrece parar alguno.

—No te falta razon en pedir esta explicacion á tan buen hora, puesto que tienes las ideas frescas de cuanto has leído sobre el fluido eléctrico explicado por don Hilarion, pues aunque la construccion del pararayos sea una cosa artística, está fundada en la teoría de la electricidad, y nunca mejor ocasion para explicarte la construccion de aquel aparato, que cuando acabas de percibir estos conocimientos.

—Eso mismo es lo que yo queria decirte, tórtolo de mis entrañas; así no te detengas un momento, y entérate bien de todo lo que haya sobre el particular, porque mañana se me puede ocurrir cons-

(1) Ya comprenderán nuestros lectores que esta conferencia y las que la sigan, son la continuacion de las de D. Hilarion y *Crispin*: así, pues, nos atrevemos á repetir lo que acerca de esto se dijo en el número 2.º de *El Tío y el Sobrino*: que aunque las razones que dé *Pendanga* sean, como suele decirse, de pie de banco, no así las de *Pericon* que están sujetas á los conocimientos físicos que hoy poseemos: en prueba de esta verdad, sometemos sus explicaciones á la crítica de los inteligentes.

truir una casa aristocrática y grande, y tener que guarnecerla toda alrededor de esos chimenes para que se paren los rayos y no pasen de allí.

—Pendanga amiga! aunque tus ánimos son buenos, creo no te verás en la precision de regañar con los arquitectos por la mala colocacion de los pararrayos ni de las chimeneas francesas, porque la verdad, tu facha no es de propietaria.

—Pericon! eso es lo que se llama mear fuera del tiesto, porque otras tan *petatas* como yo, que apenas tenían tierra que pisar, se han sabido adquirir con su ingenio lo suficiente para construir grandes edificios y aun palacios, con lo cual se dan un tono insoportable.

—Es verdad! pero la adquisicion de esos caudales no se ha hecho por la via legal, ni es posible.

—Esa, marido mio, es otra necesidad mayor que la primera: qué me importaria que la via fuera torcida ó derecha, si por ella llegaban á mi poder treinta ó cuarenta millones? Pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que yo puedo tener casas como otro cualquiera, y deseo saber cómo las preservaré de esas chanzonetas con que se divierten las nubes de cuando en cuando, echando abajo media fachada, ó haciendo una luminaria con la madera del tejado.

—Pues escucha, Pendanga; un pararrayos no es otra cosa que un buen conductor del fluido eléctrico colocado en las circunstancias mas favorables. Ya sabes que los metales son los mejores conductores que se conocen, y que los cuerpos terminados en punta facilitan la salida de este fluido, de manera que reuniendo estas dos circunstancias en un solo cuerpo, podremos formar un conductor excelente, no para que pare ó detenga los rayos como tú imaginas, sino para que les facilite la salida.

—Es decir, que el nombre de pararrayos es tan impropio como el apellido Matapulgas de D. Hilarion que tan mal le cuadra, atendiendo á la natural torpeza que tiene para cogerlas.

—No es ciertamente muy significativo el nombre de pararrayos, porque indica una accion inversa á la que naturalmente se verifica.

Para formar un buen pararrayos, no basta que el cuerpo reuna las dos circunstancias que te he mencionado; son precisos ademas otros pormenores que se refieren á su colocacion y á su estructura. Si colocáramos simplemente una varilla metálica, terminada en punta, sobre la parte mas elevada de un edificio, en vez de preservarle, no haríamos otra cosa que destruirle, porque habiendo la varilla de tomar el fluido del mismo edificio para comunicárselo á la nube, lo haria de un modo violento en el punto de union de la varilla con el edificio, y se verificaria indudablemente un estrago por estar interrumpida la comunicacion. Para evitar esta catástrofe es necesario que la varilla que forma el pararrayos, se encuentre conducida sin intermision hasta llegar á bastante profundidad en la tierra, para que tomando por este medio el fluido de aquella parte que se separa considerablemente de los cimientos del edificio y que se encuentra generalmente humedecida, cuya circunstancia es casi indispensable, el tránsito de la electricidad sea suave y sin esplosion. Cuando hay proporcion de sumergir el extremo de la cadena en un pozo ó depósito de agua, se evita el introducirla á mucha profundidad, porque siendo este liquido muy buen conductor, llena todas las condiciones que se pueden apetecer. Por lo dicho puedes conocer, que un pararrayos consiste en una varilla metálica de bastante longitud que se fija en la parte mas elevada del edificio sobre un madero. Al pié de esta varilla, cuya forma debe ser cónica, es decir, que debe empezar por un grueso de dos ó tres pulgadas, y terminar en punta, se une una cadena formada por eslabones muy largos para evitar las muchas articulaciones. Estos eslabones son unos trozos de varilla de un dedo ó algo mas de diámetro, y de toda la longitud posible que permita la disposicion del sitio por donde ha de pasar. Esta cadena se

puede dirigir por donde mejor convenga, formando todos los ángulos que sean necesarios hasta llegar al punto por donde se ha de sumergir en la tierra, bajo las condiciones que llevamos expresadas.

La punta del pararrayos debe cubrirse con una hojita de platino, que es un metal blanco, que resiste á la accion corrosiva de las aguas y de los vientos, y que sufre por otra parte los golpes eléctricos, sin experimentar la fusion; circunstancias que no posee el hierro, de cuya materia se forman generalmente los pararrayos.

—Mira tú, y creia yo por lo que habia oido decir, y lo que habia estudiado en la Biblia, que aquella punta estaba formada de todos los metales, y aun que terminaba por un diamante como un huevo de paloma.

—Si así fuera, no habria en el mundo ni un pararrayos, aun cuando las exhalaciones se lanzaran con mas abundancia que las gotas de agua cuando llueve. No eres tú sola la que alimenta este error; á muchos he oido igual vaciedad con respecto al diamante, aunque no con respecto al tamaño que tú has exagerado.

—Por esto decia yo: ¿cómo se compondrán para buscar tantos diamantes cuando quieran poner treinta ó cuarenta mil pararrayos?

—Pendanga! estás terrible para decir desatinos! cómo puedes imaginar que llegue semejante caso?

—Cómo? poniendo en cada teja uno, y habiendo en el edificio treinta ó cuarenta mil tejas: esto es al menos lo que yo haria si construyera una casa, y aun así no me juzgaria segura de tentativas.

—Qué disparatar tan desmedido! Es necesario que entiendas que la colocacion de estos conductores debe ser á distancias determinadas, porque tanto puede perjudicar el ponerlos muy juntos como muy separados. La distancia á que deben colocarse debe ser aquella á que se encuentran las esferas de actividad, es decir, aquella en que la electricidad tiene accion sobre los demás cuerpos. Esta distancia es, se-

gun las observaciones, de unas nueve varas, de modo que los conductores deberán colocarse á diez y ocho varas uno de otro para que sus esferas se hallen en contacto. Esto te prueba la imposibilidad de colocar un número mayor de lo que permite, segun esta medida, un edificio cualquiera.

—Confieso que soy una bolonia, y que debiera coserme la boca en casos determinados. Basta, pues, por esta noche, porque ciertamente la intempestiva visita de nuestros amigos me ha puesto de un humor tal, que los nervios se me saltan de las órbitas: vamos á descansar, querido Pericon mio, en brazos del esdrújulo Morfeo, y mañana, si Dios nos lo autoriza, me harás la espli-cacion de ciertos globitos que me están haciendo cosquillas hace tiempo. Un ósculo, pues, y al lecho nupcial.

CONSTUMBRES CONTEMPORANEAS.

LA PLAZA DE ORIENTE.

(REMITIDO.)

Desde hace poco tiempo se ha dejado sentir en España y especialmente en Madrid, ese afan por reformar y regenerarlo todo, hasta el punto de no estar libre de tan vehemente manía, ni lo que en tiempos de antaño se consideraba como lo mas insignificante y despreciable entre todo lo de poco interés. Esto debe ser una moda seguramente; y á no ser así, los sastres y sombrereros no tendrian tanto anhelo por ver ridículos y estravagantes á los petimetres y elegantes de primera títera, con los estrambóticos trajes que inventan diariamente para ir saliendo de sus enmohecidas y apolilladas telas, las cuales, aunque sea dicho de paso y no venga á cuento para nada, hacen su agosto correspondiente en la parte de cargo que necesariamente llevarán en el libro diario y de entrada por salida en partida doble, los mas de los artistas de este género, de la muy coronada villa y corte.

Empero, hay un refran castellano que dice: «no hay mal que por bien no venga,» y esto está suficientemente justificado respecto á esa manía que existe hace tiempo por reformarlo todo. La plaza de Oriente ha sido blanco mas de una vez de aquel afan, y ciertamente que á guardar armonía con todo, los sastres y sombrereros tendrian que sufrir la censura de cuatro ó diez profanos antelegantes, que como nosotros, se rien á calzon quitado (por mucha que sea la desvergüenza) de todo cuanto inventan pobre y desnudo de toda novedad.

Pero sea como quiera, ellos que Madrid cuenta un paseo mas que lo embellece, y debido ó no á esa manía de reforma, sus habitantes gozan tranquilamente de sus frescas auras en las calurosas noches del verano...

Un círculo grande encierra con sus espesas verjas de hierro un jardín naciente lleno de plantas y flores

caprichosas: la fuente que lo riega ostenta en un robusto pedestal la figura del rey Felipe IV sobre un soberbio corcel: monarca de Castilla, alcanzó tiempos mas dichosos por cierto que nosotros. El palacio dá mas vida á este paseo, pues parece que lo escuda: sin embargo, su compañero Oriente, aunque en inferior clase, le tiene vuelta la espalda con gravedad suma, por efecto sin duda del objeto á que ha sido destinado: como templo de Talla en un principio, las musas huyen del bullicio del mundo profano; y como santuario de la soberanía del pueblo se niega á ser espectador humilde de los inocentes juegos infantiles. Los demas lados en donde está embutido este paseo son casas y espacios solares donde sus dueños piensan multiplicar hábilmente sus crecidos capitales. Este es el paseo de Oriente. Dos círculos diferentes con sus órdenes respectivas de árboles, forman un sitio si no bastante alegre, al menos fresco en algun tanto en las horas de la noche, sentados pacíficamente en uno de sus infinitos bancos de piedra, vulgo *poysos*. Así, pues, para tener una idea de todo cuanto allí estraño se apiña, es necesario no apiñarnos nosotros y verlo todo escrupulosamente desde 'ejos.

Vamos por partes. A este paseo concurren cierta clase de jentes segun las horas: por lo tanto, iremos haciendo mencion de esas clases, por el orden numérico, ó sea desde la hora en que durante la estación del verano van acudiendo á este sitio para sucederse insensiblemente.

Las siete de la tarde es la hora en que precisamente pasan los mozaletes de medio tono en grupos de cuatro ó cinco á bañarse al Manzanares.

Las naranjeras se rennen y alternan en franca compañía con sus correspondientes aguadores de botijo y cesta, bollerías, barquilleros y carricocheros. Estos últimos están regularmente parados hasta las ocho en punto en que entran á pasear los papás con sus pequeñitos que llegan llorando á moco tendido hasta meterse en la carretelita, para dar dos ó mas vueltas por su medio real consiguiente. En tanto que los niños se divierten en el carricoche, los padres pasean tranquilamente bajo los árboles, hablando de los quehaceres del día; pues por lo regular, este matrimonio suele ser deudo del Estado; esto es, cesante el marido, y desde que sale el sol hasta que se pone anda á caza de cartas de recomendación para tal ó cual ministro, y no cesa un solo instante de hablar del arreglo y la plantilla, y sobre todo del suspirado sueldo.

A todo esto, los ómnibus siguen paseando velozmente en medio de la confusa gritería de una porción de chicuelos. Las niñas de ocho y diez años, en número bastante considerable, cantan agarradas de las manos formando un círculo, el conocido cuanto cargante y pesado á lá limon etc.; mientras que las criadas y niñeras que las conducen, se rien á carcajada tendida con los mozaletes que con el pretexto de ver las niñas divertirse, se aproximan á echarlas piropos acompañados con algun tenton de efecto que admite la algazara del que se ha roto la fuente!! y los chillidos y carcajadas de los espectadores.

Los muchachos de cuatro y cinco años tambien suelen distraerse corriendo con un molino de á dos cuartos; y las mamás que cuidan de ellos distraídas las mas veces en buenos diálogos, se ven espuestas á susos de gran consideración, pues el muchacho que se entusiasma y sale corriendo sin sentir para hacer volar con mas precipitación su molino, se topa sin querer con alguno de los que pasean distraídos y cayendo al suelo echa á caño la sangre por las narices aplastadas, no sin poner el grito en el cielo. En fin, desde las ocho hasta las nueve concurren á este paseo niñeras, amas de cria, criados, criadas, aguadores,

barquilleros, los cesantes casados y con hijos, que no han disfrutado mas que siete mil reales; estudiantes de cuarto año de filosofía, alabarderos, oficiales de reemplazo, aprendices de escribano, médicos de mal éxito y de peor práctica, barberos elegantes, cirujanos romancistas, músicos y danzantes etc. etc.

Hasta aquí las diez de la noche: despues de esta hora el paseo toma otro aspecto diferente, pues si bien queda algun rezago de aquel jaez, además de ser muy poco, se halla cansado y por consiguiente solazándose tendido á la bartola entre las calles de árboles de la parte de los extremos. Todo lo que antes ha sido bulla y algazara, ahora es tranquilidad y calma.

Las mamás de medio tono empiezan á poblar con sus correspondientes hijas los bancos de piedra de la verja del jardín; y desde este momento el paseo va apareciendo mas animado, pues los mozaletes que acompañan á las niñas procuran que estas exijan de sus mamás la correspondiente licencia para pasear solas un poco, en tanto que aquellas se apoderan de los asientos. La bullita empieza tan luego como se van descolgando en masa centenares de tertulias de confianza; estas se dividen en secciones ó divisiones; esto es, cada uno con su cada una, formando peloton de tres parejas hasta terminar en uno de doce ó trece personas, en donde van los dueños de la casa que sirve de colmena diariamente á aquel enjambre, los papás de las niñas tertulianas y alguno que otro rabioso chiquitín que marcha entretenido montado sobre un boston haciendo el caballito y tropezando cruelmente contra las espinillas de un viejo gotoso lleno de achaques y de años.

Segun van entrando en el paseo las parejas jiran en confuso tropel hasta perderse totalmente de vista unas de otras; así que mas de una vez hemos observado que alguna que otra pareja ha salido perdida por los paseos extremos, sin duda distraída en sabrosa plática, y llegar hasta la estrecha calle de árboles que forma el opuesto paseo. Y ya que apuntamos esta breve distracción que tantos suelen padecer, no queremos terminarla ocultando el objeto de ella. Generalmente todos los que se ven atacados de ella (de la distracción se entiende) les mueve algun anhelo por demas vehemente que los inflama; y esta es sin duda la razon por qué se apartan para no ser oídos: tales son los arrullos amorosos que se prodigan en el arte de amar del célebre marqués de la tentaraja.

Las oficiales de modistas asisten tambien con frecuencia á este paseo, y son ciertamente las que se llevan la palma de la funcion, pues los apostados galanes que las obsequian (barbilampiños que apenas cuentan catorce ó quince primaveras), ribalizan en mil galanterías.

Algunos matrimonios toman abono en los bancos extremos de este paseo, como tambien los que no lo son, y quieren darle á la sin hueso un rato de dulce plática.

Por último, los elegantes de primer vuelo, acuden con sus airosos atavíos á enamorar á las sirenas sin fin que danzan voluptuosamente por entre aquellos árboles. Encuentros continuos y miradas ardientes, dicen á toda luz la llama de que están inflamados. Empero, como su juvenil edad muestra en dorado carmin el candor de la inocencia, los turba y los confunde hasta el punto de hacerlos guardar silencio: mas tarde, y cuando fascinados de tanto anhelo, se atreven á pronunciar una palabra, lo hacen en acento cortado y á veces balbuciente. Las niñas conocen el género y acopan entonces. Oh juventud malograda!!!

Recopilemos.

Hasta las diez y media ó once de la noche este paseo está sumamente concurrido por esta clase de jentes.

tes: mas adelante, y desde aquella hora suele bajar alguna que otra pareja de buen tono á ocupar las sillas que hay al extremo del primer círculo de la verja á espaldas de las régias figuras de piedra. La novedad de las sillas prueban suficientemente que este sitio no es de los menos favorecidos del público.

Enumerar tantos y tantos lances amorosos como acontecen diariamente entre esta clase de personas, fuera casi imposible, pues la diversidad de ellos y sus circunstancias las mas veces chistosas y originales forman un conjunto tan por demas heterogéneo, que concluiría por distraerlos y confundirnos. En este concepto baste decir que aquel sitio es el escogido por la jente del buen tono para acometer sus árduas empresas en aras del misterio.

Si alguna vez tuviéramos la humorada de preguntar y que nos respondiera la estatua de bronce que mira y preside gravemente tantos hechos notables como se guardan entre las sombras del silencio, quizá pudiéramos ofrecer á nuestros lectores varios apuntes de no escaso interés, y en donde algunos aprenderian los infinitos cuanto caprichosos y raros afectos del corazón humano. Tal vez no esté muy distante el día en que recorramos ese tupido velo del misterio, y demos á conocer al público algunas historietas de buen efecto. En el entretanto basta por hoy, puesto que ya hemos apuntado brevemente esas indicaciones, que nos proporcione diaria y constantemente nuestro arraigado afán por observarlo todo.

M. M.

MENESTRA.

CANDOR PERIODISTICO. Con tiempo, nuestro apreciable colega *La Luneta*, en su número del domingo pasado, hablando con respecto al proyectado Gran teatro de la Reina, se lamenta de que á este se destinen la ópera y el baile, y alega en apoyo de su idea, otra mas peregrina, suponiendo que verificado tal pensamiento contribuiría á la completa ruina de la literatura dramática: interesados nosotros, como ninguno, por la prosperidad del teatro español, creemos que, si desgraciadamente llegara el momento de tan lamentable ruina, se debería, no á la falta de teatros, pues de los seis con que cuenta Madrid cinco son dramáticos, sino á la inmundicia de traducciones, al escaso número de buenos originales y á otras muchas causas que, por conocidas de nuestro colega, creemos inútil enumerar; además, es necesario que seamos justos, y ya que procuramos por la literatura, no perdamos de vista á los compositores y cantantes españoles que yacen sumidos en el mas completo abandono, sin que el gobierno se digne recordar que semejante clase forma parte de la sociedad; no decimos por esto que se les coloque en primer término, como podría suponer *La Luneta*, pero sí que se les

conceda siquiera un rincón de la escena donde quepan sus corcheas, aunque no sea mas que por ser tan inseparables hermanas de la poesía.

Ha fallecido en la Granja á la edad de veinte y un años, una interesantísima hija del señor D. Jacinto Félix Domenech: su juventud y sus gracias han hecho mas sensible su temprana muerte: á su entierro ha concurrido lo mas escogido de la corte que se halla en aquel sitio.

Solucion á la charada inserta en el número 4 de EL TIO Y EL SOBRINO.

Sin duda que se propuso el señor D. Hilarion, acabar con la paciencia del *pacientísimo* Job. A unos términos tan raros y de tal complicacion recurre ya en sus charadas, que le juro por quien soy logrará no haya muy pronto quien les balle solucion, pues ni al diablo se le ocurre lo que á él se le ocurrió; ligar por medio de tapa, en su compuesta acepcion, los niños y zapateros del modo que los ligó. Seguro estoy, bien seguro, que habrá habido suscriptor sin salir en cuatro días de lesna, suela, tacón, cuero, lustre, cabo, etcétera, materiales, vive Dios, que no haya cuidado falten ni al último remendón. Mas claro sin duda explica y con brevedad mayor, la toba del animal, pues lo del juego suadió. También encuentro ingeniosa de pala la explicacion; unámosla con la quinta, será palazo, qué horror! ni con tiento como dice en no sé yo qué renglon; la consiento en mis costillas; regálosela al autor. La cuarta con la tercera, si hacemos la alteracion de una letra solamente, nos dará, bien sabe Dios, la materia que temia el Sr. D. Hilarion, la lava; que si es lanzada entre aquel horrendo hervor de los cráteres de Irlanda que vomitan corrupcion, no es en verdad agradable, sino cosa bien atroz. Ni nadie tampoco ignora que á guisa de cazador,

Llevan las jóvenes lazos
con diabólica intencion.
Pero por mí las perdono,
en nombre del mismo Dios,
cuantas víctimas hicieron
en las redes del amor,
con tal que á tercera y cuarta
y prima den solución;
pues en ello probarán
que conocen *comm' il faut*
las germánicas valatas,
ó valadas de acepcion,
mucho mas lata sin duda
que lo que indica el autor.
En la quinta y la segunda
fácil es un tropezon,
porque eso de *ropa* ó *zompa*
como en Castilla sé yo
dicen, es por vida mia,
tan inusitada voz,
que no estraño ponga á algunos
en la mayor confusion...
Pero tengo mil quahaceres,
por lo cual D. Hilarión
dispensará no le siga, ¡ no
como en esto es de rigor,
en la via complicada
que con tal arte trazó.
Solamente le suplica
mi charadesca aficion,
no se salga de la tierra
de tan raro *todo* en pos,
como es el TAPABALAZO,
que mis sesos devanó;
pues el saber su existencia
y su significacion
solo á marinos es dado;
al que no es marino nó.

S. S. de la C.

Otra.

Si por la *tapa* empezaste
no es mal principio, Hilarión,
yo á la *tapa* me he adherido,
que me gusta y es mejor;
Dios nos libre de la *tala*;
la *pava* para los dos.
Muchos la *pala* manejan,
instrumento labrador.
Si un *palazo* á ti te dieran
¿te reirías... Hilarión?
y si una *bata* escucháras
silbar á tu alrededor,
reirías de mejor gana?
balazos?... libreme Dios.
Quizá guardarás el *bazo*
por ser primo del pulmón.
Dices que Bellini usó
la *cuarta*... verdad que sí,
haremos con ella un *lazo*
te lo echaremos á... ti:
no pienso que mal te quiero,
pues al contrario, te aprecio,
y si con todo te enladas,
ponlo en la *pata* á tu porro,
evitando así el peligro
si es un pequeño travieso
de que te rompa la *bata*,
prenda de gran lucimiento.
Niños hay de miles meses,
y tú quizás uno de ellos,
que sabreis lo qué es *balata*
epigrafe de unos versos,
ó sea tambien canción
de nuestros tatarabuelos.
Mucho la *lata* me gusta
de alcauzas y sonagoros,
pero no para comer,
que tengo los dientes tiernos.
Las *lapas* aunque tan feas,
y que se agarran cual resnos,
si te gustan como á mí,
necesito un bazo lleno.
En duda estoy si es la *lara*
á la que tienes gran miedo.
Y si dirías á una *ropa*
siendo bonita, un requiebro.
Diré, pues, en conclusion
que soy muy torpe y no acierto
á descifrar tu charada;
por consiguiente lo dejo.
Y á igual que por acertarla
me agujere los sesos
en pensar y cavilar
TAPABALAZO para ellos.

J. Y.

Otra.

Diez y ocho versiones cuentan,
si no yerro, en tu charada;
y para no ser difuso,
y pues que el tiempo me falta
para esplicar como tú
de cada una la sustancia,
las indicaré tan solo
según que mejor me saiga,
pero tomadas en cuenta
las salvedades que marcas:
tapa, pata, taba, bata,
tala, lata, pava, y pala,
bazo, bata, lapa, lazo,
balazo, la, ropa, y lava;
van diez y seis; y si agregas
palazo, y tambien *balata*
que en Italiano así suena
y en Español es *balada*,
tendrás, ó mucho me engaño,
el todo de tu charada,
que en voz de gente marina
TAPABALAZO se llama.

PEPON DE LS.

ANUNCIOS.

Hornillas económicas: con privilegio esclusivo.—En la calle de las Venéras núm. 8. cuarto entresuelo, se halla el único despacho de las hornillas económicas inventadas por el profesor de física D. Luciano Martínez. Las cualidades de estas hornillas, son las de economizar la mitad del combustible que se emplea por el método ordinario; la de no tener que espumar ni añadir; no poderse abumar, encenizar ni coger suciedad alguna los alimentos, aunque se traten con descuido; la de estar á cubierto de los incendios por esta parte, y la de poder cocer, asar y freir á la vez, sin tener que añadir mas combustible que el que se pone para el cocido. El precio de estas hornillas es el de 240 rs. las comunes y 240-las mas pequeñas; tambien se construyen en grande escala para las fondas, colejos y casas particulares. Cuando estas hornillas van empotradas en los fogones, se pueden suprimir las campanas de las chimeneas, y en este caso no se percibe tufo alguno, aun cuando solo se empleen tizos.

Doña Norberta Murga, que ha merecido gran aceptacion en esta corte por su delicadeza en limpiar la dentadura y poner dientes artificiales, dejando muy satisfechas á cuantas personas se han valido de su acertada industria. para este objeto ofrece su habitacion en la calle de los Leones, numero 11, cuarto segundo.

NOTA. Se ha hecho rebaja en cada diente. Su precio ahora es el de 20 rs. igual cantidad por limpiar la dentadura.

OTRA. Tiene un eficaz remedio para quitar el dolor de muelas, y sirve tambien para asegurar las que se mueven, y polvos quimicos venidos de Liverpool para limpiar y conservar la dentadura despues de quitar el sarro, á 4 rs. cada caja.

Madrid.—1848.—Imprenta de José María Ducazcal,
Plaza de Isabel II, núm. 6.